ANÓNIMO

Vida de Beda el Venerable

Vita Bedae

SABBATISMUS

Anónimo (post 735)
Vita Bedae · Vida de Beda el Venerable

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Vida de Beda

Entre los expositores católicos de la Sagrada Escritura que, en el segundo lugar después de los apóstoles, resplandecieron como lumbreras del mundo, Beda, presbítero de sagrada erudición y monje de vida digna de imitarse, posee un nombre y un lugar de honor eminente. Y no sin razón la santa Iglesia lo admite en el número de los doctores; pues, imitando el estudio, la diligencia y el empeño de ellos en las Sagradas Escrituras mientras los seguía meditando y escribiendo, este verdadero israelita ofreció una gran porción del don sagrado para defensa y ornato de la casa de Dios. Publicó, en efecto, no pocos volúmenes para explicar los oráculos divinos, sazonados con sal apostólica; y estos, asentados sobre la roca de la fe inviolable, no podrán ser conmovidos por ningún embate de las puertas del infierno. Antes de su muerte, ciertamente, el nombre de este varón permaneció oculto en la oscuridad, pues vivía fuera del orbe, en una isla del Océano; pero después de su muerte —haciendo Dios, como dice la Escritura, subir las nubes desde el extremo de la tierra (Sal 135,7)—, él vive por sus libros en la memoria de los fieles dondequiera que ha llegado la voz de los apóstoles, y, lámpara puesta sobre el candelero de la Iglesia, alumbra a todos los que están en la casa de Dios; de modo que a la Iglesia

madre, que lo había iluminado al regenerarlo en Cristo Jesús, él a su vez, con la cooperación de la gracia de Dios, la iluminara con sus escritos. Así pues, puesto que por el mérito de su doctrina se sienta tan excelsamente con los príncipes de las Iglesias y ocupa entre ellos un trono de gloria, clamando con ellos en todas las naciones y alzando como trompeta la voz del Evangelio, tan gran claridad de un varón tan ilustre parece oscurecerse con una especie de nube de menosprecio si de dónde procedía, quién fue, cuál fue su vida o cómo fue el término de ella pasan en silencio sin llegar a oídos de la Iglesia, como si se tratara de algo inútil o aun indigno, que más valiera ignorar. Lejos esté el contagio de semejante sospecha de aquel vaso de elección e instrumento del Espíritu Santo; pues así como su doctrina robustece la fe, así también el ejemplo de su vida, con tal que se dé a conocer, inflama no menos ardientemente el amor a la fe. Plantado, en efecto, en la casa del Señor desde la misma cuna, y creciendo como una palmera al impulso de la gracia, dio flores de justicia, anunciando sin cesar la misericordia y la verdad de Dios en el salterio de diez cuerdas, y uniendo al cántico de las palabras la cítara de las buenas obras. Pues, criado entre santos y por santos bajo la disciplina monástica, e instruido generosamente en las letras, recorría el curso de su edad santo con los santos e inocente con los inocentes, y se esforzaba con todo empeño en guardarse sin mancha de este mundo (Sant 1,27). Para dar de ello fe indudable, hemos recogido de diversas partes escritos tanto suyos acerca de sí

mismo como de otros; y así, como si juntáramos aquí y allá los miembros en la trabazón de un solo cuerpo, hemos retratado al describirlo a un varón perfecto en Cristo. Porque la serie de los escritos, que, dispersa e interrumpida en los volúmenes de diversos autores, había cercenado al lector el conocimiento de este varón memorable, continuada ahora según lo pide el orden de los hechos, da forma más nítida a su conocimiento por la eficacia de una lectura ordenada. Y ciertamente la dificultad de esta empresa, que la diligencia esforzada de los entendidos acomete con facilidad, sobrepasa nuestras fuerzas, pues ni en la palabra ni en el saber valemos nada dignamente. Pero, como todo es posible para el que cree (Mc 9,23), no nos faltará la palabra a los que creemos en el Verbo, es decir, en Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor 1,24); y para que merezcamos tenerlo por principio y fin de nuestra obra y de nuestro discurso, dígnese su misericordia prevenir con su inspiración y acompañar con su ayuda cuanto hayamos de decir o de hacer.

Vida de Beda el Venerable, presbítero y monje de Jarrow

Cuando Cristo Jesús, autor de la salvación humana, enviaba operarios de la santa predicación a la mies de la multitud que había de creer, y la gracia del Evangelio resplandecía ya por el mundo entero ante toda criatura, también la provincia de los nortumbros, aunque apartada del orbe en un lugar casi el último, se hizo partícipe del conocimiento de Dios y, en la fría región del Aquilón, se encendió con el fuego sagrado del Salvador. Pues el Señor vino a traer a la tierra el fuego del Espíritu Santo; y como no hay quien se esconda de su calor (Sal 19,7), penetrando hasta las naciones más remotas, obra en los corazones humanos las llamas de su amor, para que, apartándose de la vejez de la vida, se hagan nueva criatura en Cristo. Finalmente, recibida la fe, de entre los infieles —que, según la Escritura, son los flancos de aquel Aquilón apóstata— se funda allí la ciudad del gran Rey, la cual, gozosa con el júbilo de toda la tierra en alabanza de su fundador, proclama: Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios (Sal 48,2). Para comenzar, en efecto, por los más altos: los mismos reyes de aquella provincia, una vez conocido el Creador, reinaban tanto más verdaderamente cuanto con mayor devoción se gozaban en servir

a Cristo, Rey de los siglos; y, ciudadanos de la futura Jerusalén celestial, soportando las cargas del gobierno público, sirvieron a Babilonia solo como quien presta un servicio forzoso. Lo atestigua la ferviente y piadosa devoción a la religión del rey Edwin; lo atestigua también la inexpugnable constancia en la fe de Osvaldo, quien, como no se gloriaba sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál 6,14), triunfó vencedor por la cruz sobre los enemigos de la santa cruz y, repartidas las riquezas del reino en socorro de los pobres, entró en los cielos para ser glorificado con doble corona: la de la misericordia y la del martirio. En su hermano Oswiu ardió el celo de la casa de Dios, y toda la cizaña que el enemigo, por medio de extraviados y cismáticos, había sembrado sobre la buena semilla del Evangelio, cortada con la hoz de la verdad católica, la arrancó de raíz y la expulsó de su reino. Callo la diligencia de su hijo Ecgfrith; paso por alto el consejo y el favor que prestó a la construcción de monasterios por los lugares de su reino. Escritos dignos de fe atestiguan que fue piadosísimo y amado de Dios. Por omitir otras cosas, esto es lo que más colma sus alabanzas: que había hecho elevar al episcopado al bienaventurado Cutberto, varón de virtud y angélico en su trato de vida. Feliz, y no sin razón bienaventurado, llamaría yo el estado de aquella provincia en aquel tiempo, al que también la vida y la doctrina de sacerdotes eminentes en Cristo y en la Iglesia sirvieron de gran ornato y defensa. Pues, dejando aparte a los prelados de eximia santidad que aquella región tuvo antes o después,

veneró a la vez, contemporáneos, a magníficos padres de su iluminación y salvación —me refiero a Wilfrido, Eata, Cutberto y Juan—, pontífices ciertamente preclaros y de mérito incomparable. Bajo estos dos rectores de la cosa pública y de la Iglesia, como de día en día se enfervorizaba el celo por la sacrosanta religión, se construían libremente por todas partes iglesias y monasterios, en los cuales, congregados los que habían de ser conciudadanos de los santos y familiares de Dios, para vivir espiritualmente en la carne, renunciando a la vez a sus bienes y a sí mismos, llevaron la cruz del Salvador con su modo de vida, y se consumieron enteros para el Señor, por el fuego del amor celestial, en holocausto de suavísimo olor.

Entre estos conjurados en la milicia de Cristo, que combatían contra el mundo y contra el príncipe del mundo, sobresalía por obras muy señaladas en Cristo el abad Benito, que alcanzó del Señor precisamente aquella gracia de bendición que anunciaba la señal de su nombre. Pues, para multiplicar los talentos que se le habían confiado, ya que un día había de entrar en el gozo de su Señor, fundó dos monasterios, que sin embargo eran uno solo por un vínculo indisoluble de paz y de caridad; uno de ellos lo hizo establecer en la desembocadura del río Wear, en honor del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles; el otro, en Jarrow, en honor de Pablo, doctor de las naciones. ¿Para qué decir más? A ejemplo del bienaventurado patriarca Abrahán, saliendo de la tierra y de la parentela de su

vida antigua y mundana, muchos hijos de Dios que estaban dispersos se congregan allí en uno, y, dispuestos a edificar con su vida la torre de la perfección evangélica, renunciando a todo, siguieron, pobres voluntarios, a Cristo pobre. Así, en poco tiempo se formó en ambos lugares un numeroso y noble enjambre de monjes, que allí aprendió por experiencia la gozosa dulzura de aquella bienaventurada compañía que proclama el salmo: cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten unidos (Sal 133,1).

También el piadoso cuidado de los padres encomendó a Benito sus hijos de buena esperanza, para que fueran criados para Dios, de modo que, formados en las sacrosantas enseñanzas, olvidaran su pueblo y la casa de su padre (Sal 45,11); y así, ofrecidos en tierna edad como hostia viva, santa, agradable a Dios (Rom 12,1), comenzaran a servir al espíritu antes de poder conocer las cosas de la carne y de la sangre. Uno de ellos —más aún, por encima de los demás, el único niño de buena índole— fue Beda, que a los siete años fue entregado por sus padres al monasterio, al mencionado varón de santidad, para que se dispusiera al servicio de la sola Divinidad. Era natural de una pequeña aldea del territorio de Jarrow, junto a la cual pasa el río Tyne con su caudal perenne y profundo, no lejos de donde va a desembocar en el Océano.

El año de su nacimiento, según se colige del cómputo de las crónicas, resulta ser el seiscientos setenta y siete del Verbo encarnado; el cual se tiene por el séptimo del reinado de Ecgfrith, rey

del pueblo de allende el Humber, y el cuarto desde la fundación del mencionado monasterio del bienaventurado Pedro. Y primero en este, y después en el monasterio del apóstol Pablo, su infancia se educa bajo el freno de la disciplina; y, consagrado al Señor a ejemplo del bienaventurado Samuel de antaño, el niño vive en el templo de Dios, para manifestar un día a los pueblos los arcanos de las palabras de Dios que le fueran revelados al oído del corazón. Mas para que pudiera hacerlo con el progreso de la edad, y para que los estudios liberales a que se entregaba no tuvieran en el niño poca o ninguna eficacia, ya en aquella edad, por obra de Dios, centelleó en él, por la fuerza de su ingenio natural, una gran inteligencia. Y después que, adquirida la ciencia de las artes liberales, hubo pulido con la práctica su ingenio para comprender cosas más altas, se esforzó también en entrar en las profundidades de las Sagradas Escrituras para penetrarlas, y empleó en entenderlas cuantas fuerzas tenía, uniendo al deseo y al trabajo la oración con las palabras del salmista: Descubre mis ojos, dice, y contemplaré las maravillas de tu ley (Sal 119,18). Y como pidió con fe, sin vacilar en nada, le es dado por el Padre de las luces el don óptimo y la dádiva perfecta de la sabiduría; no la sabiduría de este siglo, que se destruye, sino la que predica el Apóstol: la sabiduría de Dios escondida en los misterios. Recibió, en efecto, para el ejercicio de la meditación continua en la ley del Señor, el ojo vigilante de un entendimiento perspicacísimo; y a ello se añadió, junto con la abundancia de

libros sagrados, la diligencia asidua y constante de maestros probados en las letras eclesiásticas. Así, plantando ellos y regando con la esperanza de buen fruto, se cultivaba la adolescencia de este varón memorable. Y, dando Dios el crecimiento, se preparaba un olivo fructífero en la casa de Dios, es decir, en la Iglesia.

Pero quizá alguien, que no cree fácilmente estas cosas, las admite a duras penas, porque, como atestigua también un autor de la elocuencia profana, «lo que cada cual cree fácil de hacer, lo acepta de buen grado; lo que está por encima de eso, lo tiene por fingido y falso». ¿Quién, en efecto, no se asombraría, o incluso no lo tendría por increíble, de que en el último rincón del mundo abundaran tantos carismas de dones espirituales, que allí no solo se leyeran las Sagradas Escrituras, sino que también se explicaran sus misterios para difundirse desde allí por toda la anchura del mundo? Aunque allí no se hubiera oído el nombre de Cristo, no sería ciertamente de extrañar, en un lugar adonde, por hablar como los poetas, Bóreas llega con el ala desfallecida. Pero en esto satisfará al que duda la piedad de la fe, que afirma que la majestad del Espíritu omnipotente no se extiende por espacios locales ni se encierra en estrechez alguna, sino que está presente en todas partes a todas las cosas, y que su omnipotencia concede donde quiere la gracia de su inspiración: ¿Adónde iré, dice, lejos de tu espíritu, y adónde huiré de tu rostro? (Sal 139,7) Diré, pues, brevemente por ministerio de quiénes el soplo del Espíritu Santo hizo llegar las riquezas de su

bondad a estas últimas costas del Océano, de modo que, donde no habían sabido otra cosa que rechinar en lengua bárbara, allí, escudriñando los admirables testimonios del Señor, pronunciaran con sus labios todos los juicios de la boca de Dios. Aquel varón de vida venerable de quien se habló antes, Benito por la gracia y por el nombre, como diligente proveedor de su iglesia volvía con frecuencia a Roma —cinco veces, en efecto, peregrinó allá en provecho del monasterio—, y entre los muchísimos ornamentos que había traído para el decoro de la casa de Dios, llevó también a su casa, según se lee, una cantidad innumerable de libros de toda clase. Pues todo cuanto de utilidad y ornato eclesiástico Inglaterra no podía proporcionarse, se lo ofrecieron al piadoso negociante la Galia o Roma, ya como regalo espontáneo de los amigos, ya para comprarlo a precio convenido. Experimentó también no pequeña munificencia de los gloriosos pontífices de la sede apostólica, Vitaliano y después Agatón, para la protección del monasterio que había levantado y para el magnífico ornato de su iglesia. Él fue también quien, por mandato del papa Vitaliano, condujo a Britania al arzobispo Teodoro y a su colega el abad Adriano, varones verdaderamente apostólicos y ministros muy idóneos de la palabra de Dios, como que estaban suficientemente instruidos en la ciencia de ambas filosofías, la profana y la eclesiástica, y esto en ambas lenguas, la griega y la latina. Ellos, recorriendo toda la isla por dondequiera que habitaban los pueblos de los anglos y congregando grupos de discípulos, derramaban

cada día ríos de ciencia saludable para regar sus corazones, de tal modo que, junto con los volúmenes de las sagradas letras, enseñaban también a sus oyentes la disciplina del arte métrica, de la astronomía y de la aritmética eclesiástica. Y todos los que deseaban instruirse en las lecturas sagradas tenían a mano maestros que les enseñasen. Prueba de ello es que, mucho tiempo después de ellos, sobrevivían muchos de sus discípulos que conocían la lengua latina y la griega igual que la propia en que habían nacido. Bástenos haber dicho esto en pocas palabras, para que en los más apartados escondrijos del mundo no parezca increíble la ciencia de las Escrituras en nuestro teólogo Beda, para cuya formación la providencia del magisterio celestial había reunido tanto la suficiencia de libros sagrados como la diligencia de maestros insignes en toda ciencia. Pues en el tiempo en que, recorriendo las iglesias de los anglos los mencionados doctores y, tras ellos, sus discípulos, habían florecido los estudios de ambas literaturas, el dócil adolescente, transportado de amor por las ciencias, se ejercitaba con ardor, sudando en esos mismos estudios. Y habiendo adquirido el conocimiento de la lengua latina igual que el de la lengua vernácula en que había nacido, alcanzó también en no pequeña parte la ciencia de la griega. Además, tanto él como la iglesia de los apóstoles en que vivía tuvieron como maestro de lectura y de canto a Juan, abad y archicantor de la santa Iglesia romana, enviado allá para esto mismo por el papa Agatón a petición de Benito, que lo condujo. Y él mismo

atestigua que fue su maestro en las sagradas páginas un monje llamado Trumbert, educado bajo el magisterio del obispo Chad, varón verdaderamente santo y suficientemente instruido en las Sagradas Escrituras. Tuvo también otros muchos que lo precedieron en la senda de las Escrituras, pues, viviendo entre seiscientos compañeros de la santa milicia monástica (se lee, en efecto, que el mencionado monasterio de los apóstoles Pedro y Pablo tuvo ese número de hermanos), emulaba en cada uno los mejores carismas; de modo que cuanto de ciencia espiritual había recibido cada uno de ellos, él lo bebía todo, aprendiéndolo a fondo de cada uno, para embriagarse de la abundancia de la casa de Dios y para que el Señor le diera a beber del torrente de sus delicias. Y así, prudentísima abeja de la Iglesia, ávida de la dulzura grata a Dios, recogió aquí y allá florecillas del campo fértil que bendijo el Señor, para componer con ellas, como elaborando miel con el arte de la sabiduría, palabras más dulces que la miel y el panal. Ardiendo él en estos estudios de la sacrosanta filosofía, creció con el aumento de los años también la gracia de los dones espirituales, de modo que con el espíritu de sabiduría y de entendimiento recibió también el espíritu de temor del Señor, por el cual, castigando su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre, supiera, según el Apóstol, poseer su vaso en santificación y honor (1 Tes 4,4).

Por eso, cuando aún cursaba el decimonoveno año de su edad, es tomado como levita santo para el ministerio de las cosas sagradas, como escogi-

do de entre las demás tribus, para que, sirviendo al altar del Señor, tuviera al Señor —a mi Señor— por suerte y parte de su heredad con los verdaderos levitas del verdadero santuario; heredad por la que, con el salmista, suspiraba deseándola y clamaba suspirando: El Señor, dice, es la parte de mi heredad (Sal 16,5), mi esperanza y mi porción en la tierra de los vivientes (Sal 142,6). Así, como diácono, leía solemnemente el Evangelio; y, para estar en consonancia con la lectura evangélica, conformaba su vida con los preceptos evangélicos, ceñidos los lomos de la mente y calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz. Y ya a los treinta años el varón bienaventurado se aplicaba con fruto a los estudios de la contemplación, cuando he aquí que es llevado a los sagrados altares en un grado más alto, donde, junto con el sacrificio del espíritu atribulado y del corazón contrito, el Hijo se inmola cada día al Padre como víctima de propiciación y de reconciliación. Desde el tiempo, en efecto, en que recibió el presbiterado, suelta las agudezas de su ingenio en la explicación de las Sagradas Escrituras; y, componiendo muchos libros de erudición católica, todo lo que hasta entonces, como animal puro que rumia, había rumiado aprendiendo, leyendo y meditando, lo derrama por entero, escribiendo y enseñando, para usos divinos. Crece cada día, progresando en los sentidos místicos, hasta tal punto que, siendo la gracia su maestra, él mismo, ya más experto, conducía al abismo de una inteligencia más alta a muchos de aquellos mismos a quienes había tenido por guías en las sendas de

las Escrituras. Así, abiertos los santuarios de los misterios, contempla con el ojo del corazón puro el santo de los santos, manifestándole las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2,3); para que lo que había aprendido en las tinieblas lo dijera en la luz, y lo que había escuchado al oído lo predicara sobre los tejados de la iglesia. Y como anhela entender en lo alto la palabra de Dios, que según el salmista es sobremanera ardiente (Sal 119,140), se acerca como al monte ardiente en que la ley fue escrita por el dedo de Dios; y allí, mientras escudriña lo oculto de los misterios sagrados, entra en cierto modo con Moisés en la nube y en la oscuridad. La claridad del rostro de aquel mismo Moisés, que el Israel carnal no pudo mirar en su inteligencia de la ley, nuestro israelita espiritual, quitado el velo de la ignorancia que está puesto sobre el corazón de los infieles, la contempla libremente con el ojo del entendimiento. Pues donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad de inteligencia. Y cuando la hubo contemplado en la ley de la perfecta libertad, su palabra y su doctrina, según el Apóstol, no consistían en palabras doctas de sabiduría humana, sino en palabras de fe, comparando lo espiritual con lo espiritual (1 Cor 2,13), de modo que el abismo del Antiguo Testamento llamara al abismo evangélico con la voz de las cataratas, es decir, con la voz de los profetas y de los apóstoles.

Así pues, como la gracia de Dios sobresalía en él tan excelsamente, la fama llevaba por todas

partes el nombre de este varón célebre e infundía en los oídos de la Iglesia su excelencia en las Escrituras. Al punto habrías visto en muchos el afán de la reina de Saba, que vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón (Mt 12,42); pues muchísimos acudieron aun de lejos para oír, por medio de su intérprete, la sabiduría del verdadero Salomón, es decir, de nuestro Pacificador, que hizo de ambos uno (Ef 2,14). Unos, unidos a él por una convivencia inseparable, lo acatan como maestro de autoridad; otros, que no podían estar presentes, le piden por cartas que les desate las cuestiones enredadas sobre pasajes de las Escrituras y les aclare las oscuras. También algunos libros enteros de autoridad divina, a petición de varios, siguiendo las huellas de los Padres, los trató con mayor claridad y los expuso, como suele decirse, desde la cabeza hasta la punta de las uñas.

Por eso, entre otras obras, publicó también con brillantez seis libros de explicación del Evangelio de Lucas, a petición del reverendísimo Acca, obispo de Hexham, cuya carta exhortándolo a esta obra comienza así: «Muchas veces he sugerido a tu santa fraternidad, ausente por escrito y presente de palabra, que después de la Exposición de los Hechos de los Apóstoles te dignes escribir también sobre el Evangelio de Lucas. Y tú hasta ahora has preferido diferirlo con modestas excusas antes que hacerlo». Y más adelante en la carta: «Expón al bienaventurado Lucas con tu lenguaje luminoso. Y como san Ambrosio pasó por alto algunas cosas sin discutirlas, porque a un

varón de tan suma erudición le parecían llanas y no dignas de examen, procura explicarlas también con más diligencia, después de examinar los opúsculos de los otros Padres, con tus palabras o con las de ellos. Creo también que a tu vigilantísimo estudio —tú que pasas los días y las noches en vela meditando en la ley del Señor— el Autor de la luz le descubrirá, en no pocos lugares que ellos dejaron sin tratar, lo que se debe entender. Pues es muy justo, y conforme al gobierno de la bondad y la equidad celestiales, que tú, que, dejados por entero los negocios del mundo, sigues con mente infatigable la luz eterna y verdadera de la sabiduría, alcances aquí el fruto de una inteligencia más pura, y en el siglo venidero contemples con corazón limpio a aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2,3), al Rey en su hermosura (Is 33,17)». Con estas palabras el santo varón, para darnos a entender la santidad del venerable doctor, muestra que estaba libre de las ocupaciones del mundo y entregado, en un ocio siempre atareado, a la contemplación de la verdadera y eterna sabiduría.

En fin, como el mismo Beda escribe de sí, pasando todo el tiempo de su vida en el tantas veces mencionado monasterio de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, dedicó todo su esfuerzo, como ya muestra lo dicho, a meditar las Escrituras; y entre la observancia de la disciplina regular y el cuidado cotidiano del canto en la iglesia, siempre tuvo por dulce aprender, enseñar o escribir. Así, habiendo terminado con sumo empeño

sus libros a lo largo de veintinueve años con una obra irreprochable, cuando estaba ya para recibir el premio de su santa vida y de su piadoso trabajo en la Iglesia, gime agobiado en el cuerpo de esta muerte, deseando que, deshecha la casa de su morada terrena, mereciera tener de Dios un edificio, una casa no hecha por mano de hombre, eterna en los cielos. Por eso, después de anotar, para eterno recuerdo suyo, los títulos de todos los libros que había compuesto, como ya estaba cerca el abandono de su tienda, anhelando con ardor de increíble deseo la fuente de agua que salta hasta la vida eterna, añadió esta breve oración.

«Te ruego, buen Jesús —dice—, que, así como me concediste propicio beber con dulzura las palabras de tu ciencia, me concedas también benigno llegar algún día a ti, fuente de toda ciencia, y comparecer siempre ante tu rostro».

Libro segundo

Así el alma del venerable varón, suspirando por Dios y derretida por el fuego del santo amor, anheló y desfalleció por los atrios del Señor (Sal 84,3), para que, viendo al Dios de los dioses en Sion, desaparecido lo que es en parte, alcanzara lo que es perfecto, y lo que aquí había visto como en un espejo y en enigma, allí lo viera cara a cara. La Divinidad, propicia, atendía a los votos y las voces de su siervo suplicante, y, como había de coronarlo con misericordia y compasión, quiso purificarlo con las disciplinas de un piadoso castigo, para que no quedara en él mancha ni arruga de pecado; de modo que, más puro que el oro más puro en el crisol de una larga enfermedad, resplandeciera rutilante como ornamento en la Jerusalén celestial, que está edificada como ciudad.

En efecto, de repente le sobreviene una grave opresión del pecho, de modo que, dificultado el paso del aire por la tráquea, su voz se volvía muy débil, ahogada por el aliento jadeante. Con esta molestia del aliento casi cortado padeció muchos días, es decir, unos cincuenta y tres; pero, para que la fuerza se perfeccionara en la flaqueza, de buen grado se gloriaba en sus flaquezas con el Apóstol (2 Cor 12,9). Pues, salvo cuando el cansancio lo rendía un poco al sueño, ni el sol de día

ni la luna de noche lo vieron cesar en las alabanzas de Dios, de modo que aun entonces, sobre el lecho del dolor, prorrumpía en voces de júbilo y de alabanza: Te alabaré, Señor, decía, con rectitud de corazón; tú me castigas con rigor, pero no me entregas a la muerte, para que, entrando por las puertas de la justicia, merezca alabarte por los siglos de los siglos con los bienaventurados que habitan en tu casa (Sal 119,7; 118,18-19; 84,5). Tampoco su doctrina saludable —es decir, aquel ímpetu del río que suele alegrar la ciudad de Dios, esto es, la santa Iglesia— dejó entonces, aunque él languidecía, de manar de su boca, como de un caño de agua viva.

Lo atestigua Cutberto, que con otros asistía solícito al maestro enfermo y moribundo, escribiendo a su condiscípulo Cuthwin: «Cada día —dice— nos leía a nosotros, sus discípulos, las Sagradas Escrituras, y nos descubría sus sentidos místicos. Y después de la lectura, el tiempo que quedaba del día lo pasaba salmodiando, salmodiando con el espíritu y salmodiando también con la mente. Pues, enseñado por el magisterio del bienaventurado David, invocaba al Señor con alabanzas, para salvarse de sus enemigos (Sal 18,4), porque cerca está el Señor de todos los que lo invocan en verdad, para cumplir la voluntad de los que lo temen, escuchar su súplica y salvarlos (Sal 145,18-19). Ya mucho antes había corregido con gran cuidado sus opúsculos; y también ahora, aunque desfallecía con el aliento fatigado, sin desfallecer volvía una y otra vez sobre algunas cosas mínimas que habían quedado descuidadas

por ocuparse de otras mayores, corrigiéndolas a menudo, para que, cuando, descansando ya de sus trabajos, su lugar se haya establecido en la paz, y su morada en Sion (Sal 76,3), no solo su pensamiento no ofenda al lector eclesiástico, sino que tampoco su estilo, ni con vocales en hiato ni con consonantes ásperas, incomode al gramático dócil. Pues, como dice alguien, por elegante y ejercitado que sea el ingenio, y por fluido que corra el estilo pulido por un largo uso, si no ha sido cuidado y limado por la mano del autor, huele a la mugre del descuido».

Entretanto el memorable doctor se ve sacudido por suspiros más violentos; y, a punto ya de vivir dichosamente tras la muerte, es urgido con fuerza hacia la deuda de la muerte, mientras el aliento se le estrecha, pues una hinchazón mortal ocupaba ya la parte inferior de su cuerpo. Y aunque él, sarmiento que permanecía en la vid que es Cristo, había dado ya fruto de suave olor, Dios, el labrador, lo podaba azotándolo con más rigor, para que diera más fruto de salvación. Y para no maldecir a Dios en su cara murmurando contra la voluntad de su Señor, consulta, como en un propiciatorio, las sentencias de la palabra divina en prueba de esperanza y de júbilo, como aquella: Hijo, no te acobardes en la disciplina de Dios, y no desfallecerás cuando él te reprenda. Pues el Señor reprende al que ama; azota a todo hijo que recibe (Heb 12,5-6). No hay, en efecto, dice el Apóstol, hijo que, cuando peca, no sea azotado por su padre (Heb 12,7). Y de nuevo, acerca de los predestinados al reino de Dios: El que no perdo-

nó, dice, a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom 8,32) «Cuando se cumpla esta promesa —decía—, ¡qué seremos, cómo seremos, qué bienes hemos de recibir en aquel reino, puesto que, al morir Cristo por nosotros, hemos recibido ya tal prenda!» Por el contrario, nada tenía por más desdichado que la dicha de los pecadores, que pasan sus días en la prosperidad, y en un instante descienden a los infiernos (Job 21,13), que no están en el trabajo de los hombres, ni son azotados con los hombres (Sal 73,5), para ser castigados eternamente con los demonios. Sin duda, porque la severidad divina reprueba a los tales por un juicio profundo y justo, los suelta sin obstáculo a los deseos de su corazón. Contra ellos, en la persona de la Jerusalén perdida y desesperada, pronuncia Dios, al abandonarla, aquella temible sentencia: Ya no me irritaré contra ti; mis celos se han apartado de ti (Ez 16,42). Pero a los que predestinó como vasos de misericordia, castiga con la vara sus iniquidades y con azotes sus pecados (Sal 89,33), y a ellos les otorgará el bien de la herencia predestinada cuando, como dice la Escritura, dé el sueño a sus amados (Sal 127,2). Y también aquel dicho del bienaventurado Ambrosio: «No he vivido de tal modo —dice— que me avergüence de haber vivido entre vosotros; pero tampoco temo morir». Breve alabanza, ciertamente, pero suficiente para un varón de vida perfecta. Y no debe atribuirse a arrogancia que, para provecho de los oyentes, dijera de sí algo que todos podían imitar, a fin de

que glorificaran a nuestro Padre que está en los cielos. Y esto casi en el trance del último aliento, cuando la alabanza de la virtud no ensoberbece el corazón del alabado, y enciende a los oyentes en el afán de la virtud con tanta mayor fuerza cuanto que la condición de la carne pone ante sus ojos la necesidad misma de la muerte. Por eso también el Apóstol —que antes había dicho: Yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (1 Cor 15,9)—, cuando apremiaba el tiempo de su partida, alabándose a sí mismo, sí, pero en el Señor, para que el que se gloría, se gloríe en el Señor (2 Cor 10,17): He combatido el buen combate, dice, he terminado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de la justicia (2 Tim 4,7-8).

Con estos y otros testimonios semejantes de las Escrituras se había hecho en cierto modo ajeno al dolor en sus enfermedades, aspirando con lágrimas de amor entero aquella gran abundancia de tu dulzura, Señor, que escondiste para los que te temen, y que has colmado para los que esperan en ti (Sal 31,20). Entretanto, el ciclo anual de los tiempos comenzó a traer de nuevo el día festivo de la Iglesia en que el Hijo de Dios, subiendo con poder a las alturas de los cielos, llevó cautiva con su fuerza nuestra cautividad: día, digo, deseado por Beda, que había de darle el término del día que pasa y el comienzo del que permanece por los siglos de los siglos. Por eso, conociendo de antemano, según parecía, la hora de su salida, la víspera de su tránsito mandó a sus

discípulos que estuvieran cerca, para que cualquier duda que aún les quedara en el ánimo se la preguntaran sin tardanza, y pusieran por escrito las respuestas, para que no las borrara el olvido. Así, las preguntas de los discípulos se mezclaban con el llanto; más aún, los sollozos entrecortaban las voces de los que deseaban aprender. Y como el dolor desmedido no se saciaba ni con las lágrimas, en el mismo paso de la garganta les ahogaba el aliento que quería salir. Y no sin razón, pues la pérdida de tal maestro sería para ellos la privación perpetua de un magisterio igual al suyo.

Después, cerca ya del fin, lo rodea la devota corona de los hermanos, a los que exhorta a que, olvidando lo que queda atrás y lanzándose hacia lo que está delante, alcancen la palma de la vocación celestial de Dios (Flp 3,13-14); y a que recuerden, a ejemplo de José, que han de dejar a la señora egipcia, es decir, a la concupiscencia mundana, el manto, esto es, las ataduras de las cosas del siglo; para que, venciendo con la huida sus abrazos obscenos y reducida a servidumbre la carne del pecado, sometan a su dominio el reino de Egipto, es decir, el de los vicios. Les enseña que no pueden dar prueba de que Cristo habita en ellos sino por el espíritu de una caridad santa e indivisa. Para que los que por la comunión del pan celestial forman un solo cuerpo de Cristo no se separen, por espíritu de discordia, de la unidad de ese mismo cuerpo. Y dijo: «¡Oh, queridísimos!, puesto que es tiempo de pagar la deuda debida a nuestra condición, os ruego: rogad al Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericor-

dias, que, por aquel en quien el príncipe de este mundo nada halló, envíe a mi encuentro, para mi salvación, al ángel de la paz, para que, rodeado de su protección, no sea confundido cuando hable con mis enemigos en la puerta (Sal 127,5). Ciertamente deseo ser desatado y estar con Cristo (Flp 1,23), por cuya muerte fue destruida la muerte, y confío en que pasaré de la muerte a la vida. Y si en algo he trabajado por vosotros, si he dado algún fruto, por pequeño que sea, a la Iglesia, os pido que me lo paguéis con este favor: que después de mi muerte os acordéis de mí allí donde cada día Cristo es sacerdote y sacrificio de propiciación». La piedad conmovida de los pechos fraternos ya no pudo contener las lágrimas, que arrancaba de un lado la grandeza del gozo y del otro la de la tristeza. Se gozaban, en efecto, de haber criado a quien ya había de ser llevado a los cielos; se dolían de que en él iban a perder la luz de la Iglesia. Pero como la fe nunca siente pérdida alguna, no hay que llorar su pérdida, sino alegrarse con él de que more con Dios, para quien todo vive.

Entretanto, mientras aguardaba gozoso la hora de la muerte, o mejor, la entrada en la vida perenne, quedaba un pasaje de las Escrituras sobre el cual los discípulos necesitaban oír el parecer del maestro. Cuando lo hubo recibido de él y puesto por escrito, al decir el escribiente: «Consumado es», él, más alegre, regocijándose con la palabra de la consumación, dijo: «Bien y con verdad lo has dicho: consumado es». Sin demora, manda que lo depositen en el suelo de su celda, donde acostumbraba escribir, dictar, leer y ense-

ñar; y allí, levantada un poco la cabeza, los suyos lo tienden boca arriba con sus manos, para que, frente al oratorio donde solía orar más en secreto, y cuya vista aún ahora lo deleitaba, adorara hacia tu santo templo y alabara tu nombre, Señor (Sal 138,2). Preparándose así para el viaje celestial, y sediento de llegar a Dios, fuente viva, dijo: A ti, Señor, te dice mi corazón: he buscado tu rostro; tu rostro buscaré, Señor; no apartes de mí tu faz (Sal 27,8-9), en la que los ángeles desean fijar la mirada (1 Pe 1,12).

Ya llegaba el día festivo de la mencionada solemnidad, en que nuestra Cabeza y Principio nos precedió al cielo, para que allí lo siguieran los miembros de sus fieles; y el varón bienaventurado, contemplando a Jesús como si ya estuviera subiendo, suspira con todo su ser por seguirlo, y, con el alma ya jadeante en sus manos, extendidas las manos en alabanza de la ascensión del mismo Jesucristo, él, que pronto había de subir también, exclama: «Oh Rey de la gloria, Señor de los ejércitos, que hoy subiste triunfante sobre todos los cielos, no nos dejes huérfanos, sino envía sobre nosotros la promesa del Padre, el Espíritu de verdad. Aleluya». Y añadida la alabanza de la santa e indivisa Trinidad —«Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo»—, al nombrar al Espíritu Santo su espíritu se desata de la carne, y en seguida es llevado a los cielos en la dichosa compañía de los espíritus santos; donde, uniendo sus cantos a los himnos de la Jerusalén celestial, alaba eternamente, bienaventurado, al Rey de los siglos, al

Dios de los ejércitos, uno en sustancia y trino en personas.

Habiendo emprendido así el camino de los Padres Beda el Venerable, columna y doctor de la Iglesia, la devota piedad de los hermanos, compadeciéndose con llanto de la caída de nuestra condición y atestiguando su gozo con la esperanza de la resurrección, celebró debidamente las exequias con salmos que resonaban de una y otra parte, y entregó solemnemente a la sepultura el cuerpo de quien era a la vez su alumno y su maestro. Su dormición en la paz eterna tuvo lugar reinando Ceolwulf, el año setecientos treinta y cinco de la encarnación del Señor y el quincuagésimo noveno de su edad, que es el año ciento uno desde que, por obra de un rey y un pontífice clarísimos y santísimos —me refiero a Osvaldo y a Aidán—, se fundó e instituyó por primera vez la Iglesia de Cristo en la provincia de los bernicios; la cual hasta hoy vive y se regocija en la fe católica, siendo su autor y gobernador Dios, el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, a quien, viviendo y reinando con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos, todo espíritu alaba y adora como Señor.